

¿NATURALIZAR A KANT?

UNA RELECTURA DEL CRITICISMO KANTIANO A LA LUZ DE LA HIPÓTESIS MODULARISTA DE LA MENTE

Eugenio Moya Cantero¹
Universidad de Murcia

Resumen

En este artículo planteo una relectura del criticismo kantiano a la luz de la hipótesis modularista de la mente. Defiendo que Kant, en el tradicional lenguaje de la teoría de las facultades, habría anticipado, desde una orientación decididamente antropológica del conocimiento, doctrinas de la Neuropsicología actual. En concreto, Kant habría defendido desde 1764, como doctrina unitaria, una teoría según la cual la razón humana tiene una arquitectura natural integrada por módulos cognitivos sensibles e intelectivos, estructuralmente diferenciados, cuya interacción –integración sistémica, diríamos hoy– hace posible el conocimiento (humano) objetivo.

Palabras clave: *Kant, criticismo, conocimiento, mente, modularidad, a priori, razón.*

Abstract

In this article I present a rereading of the Kantian criticism in the light of the hypothesis of modularity of mind. I defend that Kant would have advanced, in the traditional language of the theory of the mental powers, and from a definitely anthropological orientation of the knowledge, doctrines of current Neuropsychology. In concrete, Kant would have defended from 1764, as unitary doctrine, a theory according to which the human reason has a natural architecture integrated by sensitive and intellectual modules, structurally differentiated, whose interaction –integration systemic, we would say today– makes the (human) objective knowledge possible.

Key words: *Kant, criticism, knowledge, mind, modularity, a priori, reason.*

I

Una de las discusiones filosóficas más relevantes de los últimos decenios es la que gira en torno a la llamada *naturalización* de la epistemología. Philip Kitcher² ha destacado la lenta reintroducción de la Psicología en epistemología y la crítica del apriorismo como factores determinantes de la vuelta al naturalismo. Ha apuntado, por ello, a Quine y a Kuhn como sus fuentes más

¹ Departamento de Filosofía. E-mail: emoya@um.es

² KITCHER, PH., “The naturalists return”, en: *Philosophical Review*, 101 (1992), págs. 53-114.

importantes. Con todo, a pesar de las coincidencias, Kitcher insiste en que no puede hablarse más que de *naturalismos*. Y no le falta razón, pues entre los naturalistas podemos encontrar desde perspectivas cognitivas o neurocientíficas, hasta sociológicas, sin olvidar las biológicas o las históricas. En cualquier caso, podríamos decir, siguiendo esta vez a Shimony³, que todos suscribirían estas dos tesis:

1. Los seres humanos, incluidas sus estructuras cognitivas, son entidades de la naturaleza e interactúan con otras entidades que son objeto de las ciencias de la naturaleza; y

2. Los resultados de las investigaciones científico-naturales sobre esos seres y esas estructuras son pertinentes y hasta cruciales para la empresa epistemológica.

Aunque puede discutirse, de acuerdo con estos criterios, si las epistemologías de Locke o Hume pueden encuadrarse en el marco de la que podríamos llamar, emulando una fórmula de Putnam, popularizada por Frederick Suppe, *concepción estándar de la epistemología*⁴, no ha habido nunca duda alguna en situar el criticismo kantiano, basado en reconocidos análisis puramente conceptuales y normativos, en las antípodas de cualquier naturalismo. Pero, justamente, esto es lo que queremos, al menos, relativizar en lo que sigue.

Existe, en cualquier caso, un obstáculo para la naturalización, por débil que sea, del criticismo kantiano: las propias intenciones del autor. En efecto, ya en el mismo prólogo de la primera edición de la *Crítica de la razón pura*, el propio Kant confiesa que su objetivo es *ocuparse de la razón misma y de su pensar puro* (A XIV). Y unas líneas más abajo afirma:

“No conozco –anota Kant– investigaciones más importantes que las presentadas por mí en el segundo capítulo de la analítica trascendental bajo el título de Deducción de los conceptos puros del entendimiento... Esta indagación posee dos vertientes distintas. La primera se refiere a los objetos del entendimiento puro y debe exponer y hacer inteligible la validez objetiva de sus conceptos *a priori*. Precisamente por ello es esencial para lo que me propongo. La segunda trata de considerar el entendimiento puro mismo, según sus posibilidades y según las facultades cognoscitivas sobre las que descansa, y, por consiguiente, en estudiar su aspecto subjetivo. Esta discusión, a pesar de su gran importancia en relación con mi objetivo principal, no forma parte esencial del mismo.”⁵

No es la única vez que realizó tal apreciación. Las reflexiones 4.900 y 4.901⁶ son buena muestra de lo mismo. En todos los casos quiso deslindar sus inves-

³ SHIMONY, A. y NAILS, D., *Naturalizing Epistemology: A Symposium of Two Decades*, Dordrecht, Reidel, 1987, introd., pág. 1.

⁴ En este sentido Y. Michaud ha defendido recientemente que Hume es el primero en promover una epistemología naturalizada de tipo Quine. Vid. “Hume’s Naturalized Philosophy”, *Hume Studies*, XIII/2 (1987), págs. 368-371.

⁵ KANT, I., *Crítica de la razón pura*, A XVI-XVII. Sigo a partir de aquí, salvo pequeñas anotaciones o modificaciones, la traducción del texto que hizo para Alfaguara Pedro Ribas.

⁶ Ak, XVIII, 23.

tigaciones -autoconcebidas como transcendentales- de las investigaciones empíricas (psicologistas) de Locke, Hume o Tetens. Consideró que sólo esa perspectiva transcendental podía dar una solución adecuada a aquel problema que le comunicaba a Marcus Herz en la famosa carta de 21 de febrero de 1772⁷ y que elevó Cassirer a *problema crítico fundamental*: “¿Cómo puede nuestro conocimiento, formarse totalmente a priori conceptos de las cosas con los que éstas coincidan necesariamente?”. Sabemos que la solución que ofrece en la precitada Deducción Transcendental suena así⁸: los fenómenos de la Naturaleza tienen necesariamente que concordar con las leyes o principios *a priori* del entendimiento en la medida en que tales leyes son condición de posibilidad de la existencia de esos mismos fenómenos. En el lenguaje más directo de los *Prolegomena*: “*die oberste Gesetzgebung der Natur in uns selbst, d.i., in unserer Verstande liegen müssen*” [“La legislación suprema de la Naturaleza debe residir en nosotros mismos, esto es, en nuestro entendimiento”]⁹.

Propuso así una ontoepistemología reflexiva que, como *Selbsterkenntnis der Vernunft*, permitiera a la razón someter a análisis a la propia razón y al epistemólogo construir un sistema de conocimientos filosóficos puros (diferente del empírico y del matemático) que reuniera todo cuanto puede conocerse *a priori*¹⁰. La *Erkenntnistheorie*, en cuanto estudio de la estructura y funciones del dinamismo transcendental de la mente, ofrecería, así, frente a las investigaciones empíricas de las ciencias, análisis conceptuales que tendrían relevancia para los mismos científicos. Lo dice, no sin ironía, Rorty¹¹,

“De esta manera hizo posible [se refiere a Kant] que los profesores de filosofía se vieran a sí mismos como si estuvieran presidiendo un tribunal de la razón pura, capaces de determinar si otras disciplinas estaban dentro de los límites legales fijados por la ‘estructura’ de sus objetos materiales”.

Independientemente de los deseos de novedad con los que Kant quiso presentar su propuesta, ¿justifica su defensa del apriorismo y de la fundamentación filosófica del saber positivo la oposición que tradicionalmente se ha articulado entre *facticidad* y *transcendentalidad*¹²? Planteado de otro modo: ¿puede

⁷ Ak. X, 131.

⁸ KrV, B 164.

⁹ *Prolegómenos*, § 36, Ak. IV, 319.

¹⁰ Vid. KrV, A 841/B869; KrV, A 845-46/ B 873-74.

¹¹ RORTY, R., *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, Cátedra, Madrid, 1989, pág. 134.

¹² Como podrá apreciarse en lo que sigue, aunque coincido con el profesor Navarro Cordón a la hora de mostrar el vínculo entre facticidad y transcendentalidad (Vid. su “Facticidad y transcendentalidad”, en: RAMÓN RODRÍGUEZ (ed.), *Métodos del pensamiento ontológico*, Madrid, Síntesis, 2002, págs. 21-87), no considero adecuado encontrar el anclaje heideggerianamente en la temporalidad y apertura (libertad) de las estructuras transcendentales de las que habla Kant, sino en el contexto de unas ciencias emergentes que Kant conocía bien e impulsaba. La crítica de la interpretación que hace Heidegger de

tomarse en serio la observación que hace Schiller en sus *Cartas sobre la educación estética del hombre* (XIII) de que para una filosofía trascendental como la kantiana todo lo material, fáctico y contingente es solamente un estorbo¹³?

Lo primero que hay que indicar es que la diferencia entre los análisis psicológicos y trascendentales no es tan nítida como en principio parece. Popper¹⁴, Strawson¹⁵, Rödl¹⁶, Kitcher¹⁷ o, más recientemente, Hatfield¹⁸, han coincidido en esta idea. Por eso, aunque hay pasajes centrales de la *Crítica de la razón pura* (A 97) en los que Kant intenta separar las cuestiones relativas a la génesis subjetiva del conocimiento de las cuestiones relativas a su validez y objetividad, continuamente presupone en sus investigaciones trascendentales análisis de los *facta* que proporcionan las ciencias empíricas –especialmente la psicología y la antropología– sobre la naturaleza y operaciones de las facultades humanas de conocimiento. Popper, en este sentido, comenta:

“La interpretación genético-psicológica se impone también en la terminología kantiana dando lugar a ciertas ambigüedades. Por ejemplo, Kant se pregunta si un determinado conocimiento ‘surge de la experiencia’ en lugar de pregun-

Kant puede verse en mi: *¿Naturalizar a Kant? Criticismo y modularidad de la mente*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003 (en prensa), esp. cap. 6.

¹³ Tengamos en cuenta que fue Hamann, el mago del Norte, el primero que denunció el purismo del sujeto kantiano. Su “Metakritik über den Purismus der Vernunft” (en: *Sämtliche Werke*, ed. por J. Nadler, 6 vols., Viena, Herder, 1949-1957, vol. III, págs. 282-289) sirvió de inspiración a todos los filósofos románticos. Su crítica iba dirigida contra el intento kantiano, y por extensión ilustrado, de encontrar el fundamento en una razón purificada de la tradición y la fe, soberana e independiente del sentimiento, y olvidada del lenguaje. En esta misma línea, Schiller, que publicó sus *Cartas* en 1795, consideró que el principal fracaso del proceso de Ilustración residía en que se fundaba en el antagonismo kantiano entre lo sensible y lo racional. Para él, en el carácter humano hay que reconocer un doble impulso –sensible y racional (formal)– inseparables (*Carta XII*). Y la belleza sería la instancia que hace posible educar simultáneamente la facultad sensible y la facultad racional ya que las contiene a ambas (*Carta XIII*, §2). Ahora bien, el principio por el cual la belleza puede “actuar” es el de la “pulsión lúdica” (*Spieltrieb*) que engloba a los otros dos impulsos en un movimiento dialéctico que los suprime al mismo tiempo que los conserva (*Carta XIV*, § 6).

¹⁴ POPPER, K.R., *Los dos problemas fundamentales de la epistemología*, Madrid, Tecnos, 1998, pp. 134 y ss.

¹⁵ STRAWSON, P., *Los límites del sentido*, Madrid, Revista de Occidente, 1975, p. 87.

¹⁶ RÖDL, W., “Zur psychologischen Deutung der kantische Ehrfahungstheorie”, en: *Kant. Analysen-Probleme-Kritik*, Königshausen, H. Oberer & G. See, 1988, pp. 9-26; esp. pp. 9-10.

¹⁷ KITCHER, P., *Kant’s Transcendental Psychology*, New York: Oxford University Press, 1990.

¹⁸ HATFIELD, G., “Empirical, rational, and transcendental psychology: Psychology as science and as philosophy”, en: GUYER, P. (ed.), *The Cambridge companion to Kant*, Cambridge University Press, 1992, pp. 200-227.

tarse si puede y cómo puede ser *fundamentado* por medio de la misma (juicios de percepción). Esto concuerda con el hecho de que Kant designa a la ‘experiencia’ y al ‘entendimiento’ como *fuentes* del conocimiento (una expresión que, aunque ambigua, tiene claro matiz genético), en lugar de introducir a la experiencia o a pruebas de tipo lógico, por ejemplo, como *fundamentos* del conocimiento.”¹⁹

La reflexión 4.873, fechada por Adickes entre 1776 y 1778 puede servir para ejemplificar la versión popperiana:

“La filosofía trascendental –dice Kant– no considera los objetos, sino la mente humana según las fuentes a partir de las cuales se origina en ella el conocimiento *a priori* y según sus límites.”²⁰

Si coincidimos, por tanto, con el profesor Pacho al señalar que hay múltiples lugares, dentro y fuera de la *Crítica*, que sólo con extrema laxitud pueden entenderse en un sentido estrictamente *trascendental*²¹, la pregunta que debemos formularlos es acerca de la posible rentabilidad que ha podido obtener Kant de esa mixtura. Y aquí nos atreveríamos a sostener, frente a la interpretación canónica del kantismo, que esta perspectiva *borrosa* (en sentido técnico de la lógica difusa) permite interpretar el criticismo como un idealismo de perfil bajo y su apriorismo desde una perspectiva *naturalizada*, incompatible con el tradicional purismo que hemos asociado a la razón kantiana.

En efecto, frente a las presentaciones habituales del criticismo kantiano, que nos han hecho ver en su obra crítica la defensa de una Razón pura y unitaria –una Razón, por tanto, con mayúsculas–, heredera del *cogito* cartesiano, capaz de enfrentarse al mundo (y al propio cuerpo) para imponerle sus reglas y principios –teóricos y prácticos–, definiendo, por ello, como hipótesis interpretativa, que Kant, incluido el precrítico, reinterpreta la vieja doctrina psicológica de las facultades²² para defender, frente al intelectualización de los sensible que

¹⁹ POPPER, K.R., *Los dos problemas fundamentales de la epistemología*, p. 135

²⁰ Ak, XVIII, 16.

²¹ Vid. “Naturaleza y arteificio trascendental”, en: BLASCO, J.L. y TORREVEJANO, M. (ed.), *Trascendentalidad y racionalidad*, Valencia, Pre-Textos, 2000, p. 179.

²² Heidegger en su *Kant und das Problem der Metaphysik* (1929) ha sostenido que este lenguaje tradicional de las facultades (como veremos, separadas e irreductibles) dificulta el entendimiento del criticismo. En este sentido, en sintonía con los poetas y pensadores románticos, y apoyándose en el texto A 15 / B 29, ve en la imaginación trascendental la raíz común de todas las facultades humanas, con lo que sensibilidad y entendimiento no serían más que “*elementos artificiales aislados de la síntesis pura*”. En nuestro contexto filosófico no han faltado quienes, queriendo recuperar el problema del ser para la filosofía, han seguido la senda heideggeriana: por ejemplo, Martínez Marzoa (véase su *Releer a Kant*, Barcelona, Anthropos, 1989, págs. 81-82). Mas, no podemos estar de acuerdo con esta línea interpretativa. Los intereses de Kant al hablar del papel medio sensible y medio intelectual de la imaginación no son ontológicos sino anticartesianos. Como ha mostrado Gabriele Dürbeck (*Einbildungskraft und Aufklärung: Perspektiven der Philosophie, Anthropologie und Ästhetik um 1750*, Tübingen, Niemeyer, 1998), para gran parte de los psicó-

hizo el racionalismo y la sensificación de lo intelectual que llevó a cabo el empirismo²³, la existencia de una razón, con minúsculas, instituida por la Naturaleza, caracterizada por los continuos conflictos intermodulares y, por tanto, muchas veces incapaz no sólo de legislar el mundo, sino tan siquiera de gobernarse a sí misma²⁴. Se trata de una concepción que adquiere plena validez en el kantismo en 1768, con ocasión del experimento mental –no olvidemos que Kant es un baconiano– de las contrapartidas incongruentes, y que adquirió nueva luz con la idea de la *epigénesis de la razón pura*. La Naturaleza habría actuado en nuestra mente como sobre el suelo, por estratos²⁵; esto es, haciendo *emerge* módulos o facultades cognitivas (sensibilidad, imaginación, entendimiento, Juicio, razón), que producen, espontáneamente, sus propias reglas (formas *a priori*); y susceptibles de integrarse (organizarse) funcionalmente en un sistema global, acoplando su estructura confederada, para dar lugar al conocimiento objetivo, pero también de descoordinarse y dar lugar, no sólo a las elucubraciones del visionario Swedenborg, o a las ilusiones transcendentales de los metafísicos, sino también a enfermedades mentales, tal y como se defiende en el temprano ensayo de 1764 sobre las enfermedades de la cabeza (*Versuch über der Krankheiten des Kopfes*) y en las consideraciones sobre la locura que aparecen entre los §§ 45-53 de la *Antropología* de 1798.

De este modo, aunque la primera tarea que se impone a sí misma la filosofía transcendental es *exponer y hacer inteligible la validez objetiva de sus conocimientos a priori*, Kant no deja de reconocer que la investigación de las facultades cognoscitivas que hacen posibles tales conocimientos, forma una parte decisiva del programa transcendentalista²⁶. No podemos, en definitiva, tomar

logos alemanes nucleados a partir de 1750 alrededor del *Magazin zur Erfahrungsseelenkunde*, dirigido por Karl Philip Moritz, el abandono del dualismo cartesiano fue esencial para iniciar una perspectiva empírica en el tratamiento de la vida psíquica. En este sentido, la imaginación fue considerada como una facultad esencial, ya que ella será concebida como una *psychisch Vermögen* y, al mismo tiempo, como una *physisch Kraft*. Ella fue, por tanto, la mejor respuesta al problema de las interacciones psicofísicas y, en especial, al problema de la etiología anatómica de las enfermedades del alma.

²³ KrV, A 271-B 327. Tengamos en cuenta que mantener el origen empírico de todo concepto sería para Kant algo así como defender, desde el punto de vista biológico, una *generatio aequívoca* (B 167).

²⁴ Montero Moliner, vislumbrando el problema de la identidad de una mente modular como la kantiana, defendió en *Mente y sentido interno en la "Crítica de la razón pura"* (1989) que la propia mente (*Gemüt*), asume en Kant el papel de facultad radical –de identidad oculta– de la que brotan la sensibilidad, el entendimiento o cualquier otra facultad psíquica.

²⁵ La misma disposición de las partes de la *Crítica de la razón pura* refuerza la imagen de una arquitectura natural estratificada. La impresión global que uno saca al trabajar la *Crítica de la razón pura* es la misma que cuando termina de visitar la Mezquita de Córdoba: un edificio en el que han ido emergiendo e integrándose estilos arquitectónicos diferentes, pero finalmente irreductibles.

²⁶ KrV, A XVI-XVII.

en serio a Schiller: las cuestiones relativas a la validez y objetividad del conocimiento resultan inseparables de las cuestiones relativas a la génesis subjetiva, fáctica, contingente, del mismo.

II

La interpretación modularista de la mente (*Gemüt*) que proponemos nos debe obligar a reevaluar algunos tópicos sobre la evolución intelectual de Kant.

Sabemos que en 1770, con 46 años, Kant tomaba posesión de su cargo de Professor, presentando para ello una Memoria –*Dissertatio*– titulada *De mundi sensibilis atque intelligibilis forma et principiis*. Podía pensarse, como dice Cassirer²⁷, que su trayectoria filosófica había llegado ya a su apogeo, y que sólo quedaba sacar consecuencias. De hecho, hasta esta fecha se había familiarizado, en su juventud, con la filosofía natural de Newton y su ideal de descripción matemática de los fenómenos; había entrado en un debate crítico con el racionalismo, era lector asiduo de Rousseau, y, por último, ya conocía el empirismo inglés y mantenido con él (ver *Sueños de un visionario*, 1766) la necesidad de revisar la metafísica a la luz de una experiencia constituida en auténtico criterio para juzgar la existencia real de algo. Sin embargo, no fue así²⁸. Pero, para la mayoría de los intérpretes, el viraje crítico aún no se había producido. No se ha creído, por tanto, adecuado apoyarse, siguiendo a Paulsen²⁹, en el prólogo de los *Prolegomena*³⁰, para mantener que el giro crítico se produce con anterioridad a la *Dissertatio*, e interpretarlo en función de la presencia cada vez más importante de la crítica a la metafísica de Hume³¹, ni tampoco lo fructífero que sería ampararse en la carta de Kant a Christian Garve, de 21 de septiembre de 1798³², o en la Reflexión 5.037³³ para sostener, con Riehl (1876³⁴) o Adickes, que fueron las antinomias –y concretamente la antinomia en torno al concepto de “Mundo”, que aparece en 1770³⁵, las que hicieron que viera en 1769 la gran luz de la filosofía crítica.

²⁷ CASSIRER, E., *Kant, vida y doctrina*, México, FCE, 1948, p. 142.

²⁸ Para una evaluación de las distintas posiciones sobre la emergencia del criticismo kantiano, véase VILLACANAS, J.L., *La formación de la Crítica de la razón pura*, Valencia, Universidad de Valencia, 1980.

²⁹ PAULSEN, F., *Versuch einer Entwicklungsgeschichte der kantischen Erkenntnistheorie*, Leipzig, 1875.

³⁰ Ak. IV, 260.

³¹ El texto canónico que avalaría esta perspectiva sería el del *Vorrede* de los *Prolegómenos*, donde Kant comenta que fue Hume quien le despertó del sueño dogmático.

³² Ak, XII, 257.

³³ Fechada por Adickes entre 1776-78, Ak., XVIII, 69.

³⁴ RIEHL, A., *Der philosophische Kritizismus*, 2 vols., Leipzig, 1876.

³⁵ Tengamos en cuenta que las antinomias son, como las enfermedades mentales, manifestaciones para Kant de los conflictos intermodulares de nuestra mente. Evidentemente Freud sacaría buena rentabilidad de esa idea.

Evidentemente, de estas negativas no se ha inferido, por lo general, que asistiéramos a una especie de conversión crítica. Se insiste en que en la *Dissertatio*, de hecho, se habla ya de que incluso las impresiones sensoriales, que constituyen la materia de las representaciones sensibles, son *coordinadas* por una especie de *animi lege*, por un principio interno del espíritu en virtud de la cual “*aquella variedad de datos recibe una cierta forma o especie, según leyes estables e innatas*” (*Dissertatio* § 4, Ak, II, 392-393); se defiende, incluso, ya la *idealidad* del espacio y del tiempo (*Dissertatio*, § 22, escolio; Ak, II, 410), y se dice que constituyen *conditiones cognitionis sensitivae*, esto es, la condición para que algo pueda ser objeto de nuestros sentidos (*Dissertatio*, § 10; Ak, II, 396). Es decir, se reconoce habitualmente que nos encontramos con lo que Rábade llama “*hallazgos críticos*”³⁶. Sin embargo, a pesar de estos avances, se concluye que no puede hablarse hasta la década de los 70 de una inflexión crítica.

Kant parece dejar claro, por otra parte, en su correspondencia entre 1770 y 1780, con su discípulo y amigo Marcus Herz, que todavía le faltaba por descubrir el *problema crítico fundamental*. Con todo, ese problema no es otro que el problema de la Razón y su capacidad para dar cuenta de las cosas. Por eso, Kant creyó necesario hacer un estudio de la naturaleza y funciones de las facultades de conocimiento humanas y ver en qué medida ellas permiten un conocimiento objetivo del mundo de un modo *a priori*³⁷. Lo dice con claridad en los *Fortschritte*:

“Para resolver el problema de la Razón es necesario considerarlo en su relación con las facultades que configuran lo que puede llamarse una ‘Razón pura’, las cuales permiten al hombre disponer de conocimiento *a priori*.”³⁸

Este es el camino que, *pretendidamente transcendental*, transitará, a partir de 1781, en la *Crítica de la razón pura*, no tanto para fundamentar, como han sostenido los neokantianos, la mecánica newtoniana –que también–, como para encontrar el fundamento a todo conocimiento objetivo humano que sea posible. Y si le interesan especialmente, desde un punto de vista crítico, los conocimientos *a priori*, es porque el Kant de 1781 es ya plenamente consciente, como señala en el mismo comienzo de la introducción a la primera edición de la *Crítica*, de que a la hora de investigar la razón humana

³⁶ RÁBADE, S., *Problemas gnoseológicos de la “Crítica de la razón pura”*, Madrid, Gredos, 1969, p. 18.

³⁷ H. J. Vleeschauwer escribe: “Yo creo que el problema de la objetividad es el problema específicamente crítico” (*La evolución del pensamiento kantiano*, México: UNAM, 1962, pp. 61-62)

³⁸ KANT, I., *Welche sind die wirklichen Fortschritte, die Metaphysik seit Leibnizens und Wolffs Zeiten in Deutschland gemacht hat?*, Ak, XX, 324.

“nos encontramos con algo muy singular: incluso en nuestras experiencias [*Erfahrungen*] se mezclan conocimientos que han de tener su origen *a priori* y que tal vez sólo sirvan para dar cohesión a nuestras representaciones de los sentidos. En efecto, si eliminamos de las experiencias lo que pertenece a los sentidos, quedan todavía ciertos conceptos originarios y algunos juicios derivados de éstos que tienen que haber surgido enteramente *a priori*, independientemente de la experiencia, y que hacen que pueda decirse –o, al menos, que se crea que pueda decirse– de los objetos [*Gegenständen*] que se manifiestan a los sentidos más de lo que la simple experiencia enseñaría, y que algunas afirmaciones posean verdadera universalidad y estricta necesidad, cualidades que no puede proporcionar el conocimiento meramente empírico³⁹”.

Con todo, repite una y otra vez Kant, que aprioricidad, pureza, no significa ni innatismo de contenido platónico o cartesiano, ni innatismo virtual leibniziano. Los conocimientos puros son *producidos* espontáneamente por nuestros módulos cognitivos. Serían, tanto en el caso de los conceptos puros como en el de las intuiciones puras o las ideas de la razón, representaciones puras cuya causa ocasional de producción es la afección sensible⁴⁰. Es, en este sentido, en el que habla de su *epigénesis* en el § 27 de la segunda edición de la *Crítica de la razón pura*: no se trata de representaciones especificadas innatamente y educidas con ocasión de la experiencia, sino el resultado emergente de la actividad organizadora de ciertos módulos cognitivos inducidos por determinados *inputs* sensoriales. Se trata, entonces, según la propia imagen de Kant⁴¹, de pensar al filósofo crítico, más que como un metafísico, como un cartógrafo que encuentra en la mente una especie de territorio insular inexplorado que quiere examinar cuidadosamente, identificando cada isla, comprobando su extensión, y señalando la posición de cada representación, con el fin de elaborar una especie de *mapa mentis*:

“Permítaseme llamar *lugar transcendental* al sitio que asignamos a un concepto en la sensibilidad o en el entendimiento puro. De este modo, la estimación del sitio correspondiente a cada concepto, según la diferencia de su uso, al igual que la manera de determinar este lugar, según reglas, para todos los conceptos, sería la *tópica transcendental*. Esta doctrina sería una sólida defensa frente al empleo subrepticio del entendimiento puro y frente a las ilusiones derivadas de su uso, ya que distinguiría siempre a qué facultad cognoscitiva pertenecen propiamente los conceptos⁴²”.

Descubrir la *tópica de la mente humana*⁴³, identificar la naturaleza y funciones de las facultades propias de cada una de las representaciones, tiene, además, un interés crítico adicional, pues la ausencia de ese trabajo topográfico hizo que, de una parte, Leibniz intelectualizara lo sensible y se engañara al

³⁹ *Crítica de la razón pura*, A 2.

⁴⁰ KrV, A 86 / B 118.

⁴¹ KrV, A 235 / B 294

⁴² KrV, A 268 / B 324.

⁴³ KrV, A 261 / B 317.

construir su sistema intelectual del mundo; y, de otra, el empirismo sensificará los conceptos y ninguneará el papel del entendimiento en el conocimiento humano⁴⁴. En aquél caso, el engaño hizo plausible la idea una ciencia enteramente *a priori* del mundo; en el caso de los empiristas, esa negación les hizo rechazar la existencia de una fuente extraempírica de conocimiento y dudar de la misma validez del conocimiento científico. La cartografía de la mente es, por ello, presentada por la filosofía kantiana, desde mitad de los sesenta, como una tarea primordial.

Desde una perspectiva opuesta a la del profesor Martínez Marzoa, a la de Montero Moliner y, en definitiva a la de Heidegger, defendemos, que la teoría de las facultades kantiana no pertenece a un vocabulario mítico que dificulte el entendimiento del criticismo kantiano; que la mente kantiana no presupone una facultad radical –una identidad oculta– de la que brotan la sensibilidad, el entendimiento o cualquier otra facultad psíquica. Muy al contrario, consideramos que hay razones para defender que Kant, en el tradicional lenguaje de la teoría de las facultades, habría anticipado, desde esa tópica transcendental –desde su particular *ontología de la razón humana*– doctrinas neuropsicológicas actuales, y defendido, como doctrina unitaria en la que se enmarcan sus diferentes investigaciones concretas (las precríticas y las críticas), una *teoría modularista de la mente*⁴⁵, según la cual

1. La mente humana tiene una arquitectura natural integrada por módulos cognitivos sensibles e intelectivos, estructuralmente diferenciados.

2. Los diferentes módulos posibilitan operaciones cognitivas –intuición, juicio, inferencia...– irreductibles.

3. Los módulos sensibles son módulos periféricos, que aparecen *encapsulados*, esto es, como sistemas cognitivos independientes y básicos, cuyas operaciones –primordialmente, receptivas e informacionales– son autónomas respecto de los mecanismos espontáneos que posibilitan las operaciones intelectivas superiores.

⁴⁴ KrV, A 271 / B 327.

⁴⁵ L.W. Beck, que ha sido uno de los pocos que ha captado la importancia de la teoría de la diversidad radical de dos fuentes del conocimiento. Para él, representa “*el movimiento estratégico más importante que Kant hizo en su desarrollo filosófico*” (*Early German Philosophy. Kant and His Predecessors*, Cambridge, Mass., The Belknap Press of Harvard University Press, 1969, pp. 268-269). Klaus Reich, en la introducción a su edición de la *Dissertatio* (Hamburgo, Felix Meiner, 1958, pp VII-XVI), ha defendido que esa diversidad radical, que condujo a Kant, desde su punto de vista, a defender incluso la incongruencia (*Misshelligkeit*) de sensibilidad y entendimiento, está en la misma raíz de las antinomias. A pesar del tino de Beck y Reich, es más que sintomático observar la poca atención que ha merecido tradicionalmente la filosofía de la mente kantiana. En este sentido, es significativo observar que en *A Companion to the Philosophy of Mind*, editado por Samuel Guttenplan (Blackwell, Cornwall, 1994), cuando se introduce la voz *modularismo* (p. 441) se cita a Platón como referencia histórica y no se dice ni una palabra de Kant.

4. Las diferentes facultades o módulos pueden ser considerados como subsistemas diferenciados, cuya continuidad operacional o funcional hace posible el conocimiento (humano) objetivo.

IV

Apuntada en el *Ensayo sobre las enfermedades de la cabeza* (1764) y en los *Träume* (1ª parte, cap. 4)⁴⁶, esta concepción modular de la mente aparece ya madura, poco antes de ver la “gran luz” de 1769, tras el descubrimiento de las contrapartidas incongruentes, que aparece en *Sobre el fundamento primero de las regiones del espacio* (1768)⁴⁷.

Sabemos que hasta esta obra Kant había defendido, de una u otra manera, una concepción cercana a Leibniz. Como él, defendió la idea de espacio como el orden de las cosas coexistentes y, por tanto, la dependencia de nuestra idea de espacio respecto de las cosas existentes. Sin embargo, a partir de ese ensayo, transita hacia dos ideas que son claves para diferenciar entre los módulos sensibles e intelectivos de la mente⁴⁸ y, por ende, claves para su filosofía crítica; me refiero:

1. A la idea de que el espacio posee una realidad independiente de la existencia de las cosas espaciales y es incluso condición de posibilidad de la composición de las mismas (Ak. II, 378). Y

2. A la idea de que el cuerpo humano es el primer fundamento que permite distinguir las regiones del espacio y, por ende, la razón que permite explicar por qué nuestra sensibilidad puede *producir* las representaciones puras del espacio y del tiempo simplemente motivada por los *inputs* sensoriales que estimulan los órganos sensoriales de nuestro cuerpo.

El argumento en el que se apoya es de carácter geométrico: el argumento de las *contrapartidas incongruentes* (*inkongruente Gegenstücke*)⁴⁹. Y lo hace porque, como ha sostenido Torretti⁵⁰, por medio del análisis de las diferencias

⁴⁶ Ciertamente, con Cassirer (*El problema del conocimiento*, II, p. 564) podríamos ver ya en el ensayo sobre las *Magnitudes negativas* de 1763 una nítida separación entre los principios lógicos y los reales, entre las verdades conceptuales y las de hecho, y por tanto, apuntada una diferenciación entre lo lógico-conceptual y lo empírico-existencial.

⁴⁷ En *Vom dem ersten Grunde des Unterschiedes der Gegenden im Raume* (1768), Ak. II, pág. 379 (véase también *Dissertatio*, Ak. II, 403; KrV, A 264 /B 320; *Prolegómenos*, § 13, Ak. IV, 285 y ss.; *Principios metafísicos de la ciencia natural*, Ak. IV, 483 y ss.).

⁴⁸ Recordemos que Kant había acusado a Leibniz de intelectualizar lo sensible. Para una evaluación de la importancia de este trabajo, véase WALFORD, D., “Towards and Interpretation of Kant’s 1768 *Gegenden im Raume* Essay”, en: *Kant-Studien*, 92 (2001), pp. 407-439.

⁴⁹ *Vom dem ersten Gründe des Unterschiedes der Gegenden im Raume*, Ak. II, p. 379; vid. también *Dissertatio*, Ak. II, 403; *Prolegómenos*, § 13, Ak. IV, 285 y ss.; *Principios metafísicos de la ciencia natural*, Ak. IV, 483 y ss.

⁵⁰ TORRETTI, M., *Inmanuel Kant*, Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad de Chile, 1967, p. 125.

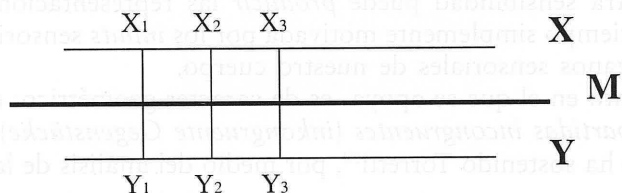
entre objetos iguales pero incongruentes lo que Kant intenta demostrar es que la representación del espacio como un *totum* es una representación pura intuitiva, vinculada, por tanto, a la sensibilidad, y no una representación conceptual o intelectiva, que precede a las cosas.

Para apreciar la perspectiva kantiana⁵¹, definamos primero el concepto de “contrapartida incongruente”. Para Kant, dos cuerpos enteramente iguales, pero que no puede ocupar el mismo espacio, sin alterar sus propiedades locales internas, son incongruentes. Por ejemplo, la mano o el pie izquierdo y derecho son un ejemplo de tales cuerpos. Por el contrario, dos cuerpos idénticos, que pueden ser encerrados dentro de los mismos límites espaciales, son congruentes. Podemos decir, pues, que dos objetos (dos cuerpos rígidos), X e Y , son *congruentes* si satisfacen las condiciones siguientes:

1. Puede establecerse una correspondencia entre cualquier punto de X e Y ;
2. Esa correspondencia preserva las distancias entre los distintos puntos.

Para Kant, estas condiciones necesarias de la congruencia no son suficientes, pues siempre es posible construir matemáticamente dos objetos que satisfagan ambas condiciones y, sin embargo, no puedan ocupar el mismo espacio, es decir, dos cuerpos que resulten incongruentes.

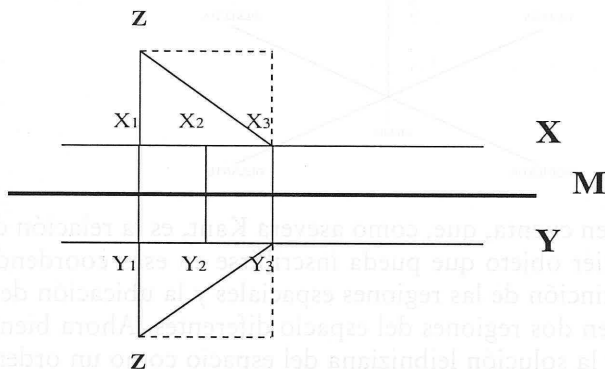
Supongamos, para ilustrar la argumentación kantiana, que desde distintos puntos x_i de una recta X trazamos distintas perpendiculares a una superficie S , que, a modo de espejo, proyecta, respetando los valores de la distancia entre X y S , una recta Y , cuyos puntos y_i son proyecciones de los x_i . Gráficamente:



De acuerdo con la definición de congruencia “ $x_1 - x_3$ ” de X e “ $y_1 - y_3$ ” de Y son aparentemente congruentes. Sin, embargo, siempre sería posible construir a partir de ellos objetos que, como dice Kant, aunque satisfagan las

⁵¹ La corrección del argumento de las contrapartidas incongruentes ha generado polémica: véase TORRETTI, R., “Las contrapartidas incongruentes en la gestación de la Filosofía de Kant”, en: *Diálogos*, 3 (1965), pp. 7-24; PIEROBON, F., *Système et représentation. La déduction transcendentale des catégories dans la Critique de la raison pure*, Grenoble, Millon, 1990, cap. V, pp. 201-225; VAN CLEVE, J. y FREDERICK, R.E. (eds.), *The Philosophy of Right and Left. Incongruent Counterparts and the Nature of Space*, The University of Western Ontario, Kluwer, 1991; CORDUA, C. y TORRETTI, R., *Variedad de la razón. Ensayos sobre Kant*, Universidad de Puerto Rico, 1992, cap. 4, pp. 53 y ss.; RUSNOCK, P. y GEOG, R., “A Last Shot at Kant and Incongruent Counterparts”, en: *Kant-Studien*, 86 (1995), pp. 257-277.

condiciones de congruencia, resulten claramente contrapartidas incongruentes. En efecto, construyamos a partir de $x_1 - x_3$ un triángulo rectángulo que tendría como contrapartida en Y un triángulo igual. Pero, ¿serían congruentes? Ciertamente, no; pues, como demuestra su inscripción en el cuadrado, no pueden ocupar el mismo lugar. Gráficamente:



Los dos triángulos rectángulos preservan, por tanto, la métrica (distancias), pero no el orden. De este modo serían conceptualmente idénticos, pero intuitivamente distintos, discernibles, pues ocupan una región (*Gegend*) del espacio diferente: el triángulo x_1-x_3-z estaría *abajo* del cuadrado, mientras que y_1-y_3-z estaría *arriba*.

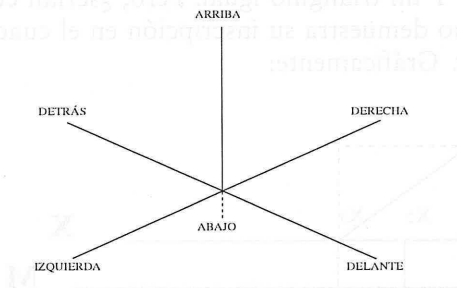
Ahora bien, la pregunta que se puede plantear es la siguiente: ¿no es la inscripción en el cuadrado imaginario que hemos supuesto –y, por tanto, la relación con un tercer objeto– el fundamento de las regiones del espacio? La respuesta de Kant sería negativa: el fundamento primero de las regiones del espacio es siempre nuestro sistema de referencia corporal. Leamos a Kant:

“Porque sólo a través de los sentidos conocemos todo cuanto está fuera de nosotros, en la medida en que está en conexión con nosotros mismos, no debe sorpendernos que tomemos de la relación entre estos dos planos el *fundamento primero* para generar el concepto de las regiones del espacio.”⁵²

Pero, ¿a qué llama Kant “regiones del espacio”? Los griegos atribuyeron tres dimensiones al espacio. Aristóteles, por ejemplo, diferencia, de un modo parecido a lo que hizo Euclides en sus *Elementos*, la línea, la superficie y el cuerpo. La línea sería continua sólo en extensión; la superficie en extensión y anchura; y el cuerpo sería continuo en tres sentidos: extensión o longitud, anchura y volumen. Los modernos añadirían a estas nociones intuitivas de la tridimensionalidad, la idea de que sólo es posible intersectar en un punto cualquiera tres líneas perpendiculares entre sí. Esta fue de hecho, la razón

⁵² *Vom dem ersten Grunde des Unterschiedes der Gegenden im Raume*, II, 378.

considerada por Kant⁵³. De este modo, de acuerdo con estas coordenadas podemos situar las distintas regiones del espacio:



Pero tengamos en cuenta, que, como asevera Kant, es la relación de nuestro cuerpo con cualquier objeto que pueda inscribirse en esas coordenadas lo que fundamenta la distinción de las regiones espaciales y la ubicación de los triángulos rectángulos en dos regiones del espacio diferentes. Ahora bien, ¿esto no significa recuperar la solución leibniziana del espacio como un orden de cosas coexistentes, como la relación de nuestro cuerpo con las demás cosas? Ciertamente, no, porque lo “exterior” y lo “interior”, que son otras dos determinaciones espaciales presentes en mi representación de las cosas depende, como todas las demás regiones, de una representación pura de un espacio objetivo y originario, en virtud de la cual un objeto puede ser intuido como distinto, a pesar de ser idéntico conceptualmente a otro.

La conclusión de Kant es clara: las relaciones entre las partes de los cuerpos no bastan por sí solas para establecer la identidad de un cuerpo con otro; es necesario, además, establecer la relación de cada cuerpo y sus partes exteriores con el *espacio como un todo*⁵⁴. Esto implica:

1. Que el espacio es independiente de los cuerpos que lo ocupan⁵⁵.

1. Que es imposible determinar conceptualmente la diferencia entre contrapartidas incongruentes, si no es mediante referencias locales, como “estar a la izquierda” o “estar a la derecha”, “estar arriba” o “estar abajo”, que presuponen la intuición pura del espacio⁵⁶.

En el lenguaje de la *Dissertatio* del 70 (§ 15):

“Qué es lo que en un espacio dado está mirando a una parte y qué a otra, esto no lo puede describir discursivamente el intelecto más agudo, esto es, no lo puede reducir a puras notas inteligibles; igualmente en los cuerpos rígidos perfectamente semejantes e iguales, pero no congruentes, cuales son la mano izquierda y derecha (en cuanto concebidas solamente según su extensión), o cuáles son los triángulos

⁵³ Vid. también los *Prolegómenos*, § 12, Ak. IV, 284

⁵⁴ *Vom dem ersten ...*, Ak. II, 377-378.

⁵⁵ *Vom dem ersten...*, Ak. II, 382.

⁵⁶ *Prolegómenos*, Ak., IV, 286-287.

esféricos de dos hemisferios opuestos, se da una diversidad, por la que es imposible que coincidan los términos de su extensión, aunque por todo lo que se puede decir de ellas por notas inteligibles puedan sustituirse entre sí. De donde resulta claro que la diversidad, es decir, la no congruencia, no puede ser advertida mediante una intuición pura [intuitione pura].”

En definitiva, razones geométricas, metafísicas, y, en último término, psicológico-funcionales, habrían llevado a Kant, frente a la intelectualización de lo sensible realizada por Leibniz, a la misma conclusión a la que ha llegado la neurociencia contemporánea: las representaciones sensibles y las conceptuales, percepción e interpretación discursiva, son actividades que tienen su asiento en módulos neurocognitivos diferentes.

Se trata, evidentemente, de una concepción modular que tiene continuidad en la *Dissertatio*. Concretamente, distingue en ella dos ámbitos ontoepistémicos con la finalidad de criticar la idea leibniziana del *phaenomenon intellectuatum* (*Dissertatio*, § 24; Ak, II, 412), esto es, la doctrina que incluso el Kant de la *Crítica* encontrará pernicioso (B 327) de considerar sensación e intelección como un mismo modo de conocimiento con grados diferentes de claridad.

Kant nos advierte en el § 5 de la *Dissertatio* que es de máxima importancia distinguir los conocimientos por su origen y reparar en que, aunque el uso lógico del intelecto, se extienda sobre los conocimientos de origen empírico para transformar la apariencia (*Apparientia*) en experiencia (*Experientia*), no dejan de ser nunca sensibles. En este sentido, los conceptos empíricos no pueden hacerse intelectuales en sentido *real*.

Como queda claro, Kant distingue entre un *uso lógico* del intelecto y un *uso real* del intelecto, y nos advierte (§23) que el primer uso –que es el referido a lo sensible– solamente se limita a tareas de coordinación, subordinación, etc., de los fenómenos. Con esta distinción quiere evitar la confusión de los órdenes ontoepistémicos, quiere, como dice en el mismo §23, evitar *sensitivae cognitionis cum intellectuali contagium*. Sensibilidad y entendimiento son dos facultades, podríamos decir, cuya naturaleza y funciones no pueden ser confundidas sin incurrir en dos vicios metafísicos (ilusiones transcendentales, dirá Kant en la *Crítica*): el *vicio de la subrepción* (§§ 24-29) y el *vicio de la conveniencia* (§ 30). El primero consistiría en la intelectualización de lo sensible⁵⁷; el segundo en la sensificación de lo intelectual⁵⁸.

La importancia que Kant le concede al justo análisis de lo que nosotros hemos llamado modularidad de la mente es tal que termina la *Dissertatio* proponiendo que la diferencia entre conocimiento sensible e intelectual constituye

⁵⁷ Así, la proposición *Todo lo que existe está en algún lugar* une un predicado de origen sensible con un sujeto cuyo concepto es intelectivo (totalidad), dando lugar a un juicio “lógico-transcendentalmente” falso.

⁵⁸ En proposiciones como *En el universo todo se hace según un orden* el intelecto guiado por su predisposición natural a la unidad, a la búsqueda de regularidades, etc., se engaña y toma esas predisposiciones como razones tomadas de los objetos dados.

lo esencial de una *scientia propedeuticae* de gran utilidad para la Metafísica. Literalmente, Kant dice:

“Y todo esto quede dicho acerca del método, principalmente por lo que se refiere a la diferencia entre el conocimiento sensible y el intelectual; método que si alguna vez llega a ser redactado con todo detalle, después de más cuidadosa indagación, llenará el lugar de una ciencia propedéutica de inmenso provecho para cuantos intenten penetrar en los más íntimos entresijos de la metafísica.”⁵⁹

No hay que conocer mucho los entresijos de la filosofía kantiana para no ver en esa propedéutica, en esa *ontología crítica de la Razón*⁶⁰, la “metafísica crítica” a la que se refiere el de Königsberg en el sistema de la *Crítica*, tal y como aparece en la *Doctrina transcendental del método*⁶¹. Lo que Kant no fue todavía capaz de ver en 1770 son dos cosas:

1. Que tanto las representaciones empíricas como las intelectuales o puras se regían por la misma norma: *no son válidas porque reflejen dos mundos independientes, sino porque son condiciones de posibilidad de un mismo mundo objetivo*;

2. Que entre los conceptos intelectivos debían distinguirse dos clases: aquellos que son producidos por el entendimiento: los conceptos puros *a priori* y los conceptos de la razón o ideas transcendentales.

Por eso, a partir de 1770 el dualismo mundo sensible-mundo suprasensible, va cediendo paso a la distinción de facultades de conocimiento (módulos cognitivos), que tienen una naturaleza y funcionamiento diferentes, pero contribuyen a su modo al conocimiento objetivo.

Lo esencial, por consiguiente, para Kant –tanto para el habitualmente llamado precrítico, como para el crítico– es que la investigación psicológico-transcendental nos descubre la *razón humana* como una razón situada entre un *intellectus archetypus* –creador, espontáneo– y un *intellectus ectypus* –fundamentalmente receptivo⁶²–.

“Por tanto, los conceptos intelectivos puros –le dice a Herz el 21 de febrero del 72– no necesitan ser abstraídos de las impresiones sensoriales ni expresar la receptividad de las ideas por medio de los sentidos; sino que, aun teniendo su fuente en la naturaleza del alma, ni tienen por qué ser determinados por el objeto mismo sobre el que se aplican ni por qué crearlo tampoco. En la disertación nos habíamos limitado a expresar de un modo puramente negativo la naturaleza de las representaciones intelectuales; a exponer que no son modificaciones del alma por medio de los

⁵⁹ *Dissertatio*, § 30, Ak., II, p. 418.

⁶⁰ En el prólogo de la 1ª edición de la *Crítica de la razón pura* (A XII) presenta esta ontología (alejada del esencialismo con el que la ve Heidegger en *Kant y el problema de la metafísica*) como una ontología reflexiva, esto es, un análisis de la razón desde la razón misma.

⁶¹ Vid. A 841/B869; A 845-46/ B873-74.

⁶² *Crítica de la razón pura*, B 68; A 68/B 93; B 139; *Crítica del Juicio*, Ak, V, 408.

objetos. Nada decíamos en cambio acerca de la posibilidad de representaciones que se refieran a un objeto sin dejarse afectar en modo alguno por él.”

La indagación de la *naturaleza* del “alma” no era ajena a la psicología alemana de los años 60 y 70. Tetens y Lossius, desde perspectivas diferentes, elaboraron, como Kant, su peculiar teoría de la razón. Lossius, por ejemplo, desde una orientación fisiologista termina proponiendo, antes que Quine, el reemplazo de la Lógica por una *fisiología del cerebro*:

“[La teoría de la razón] Es un fragmento de la teoría del alma, que se relaciona con ella como la metafísica respecto de la física experimental o la historia natural, puesto que es llamada a suministrar los hechos que aquélla compara y analiza, agrupando lo que es común y estableciendo las correspondientes reglas. Claro está que, de acuerdo con esta idea, la teoría de la génesis de los conceptos y la *mecánica del pensamiento* deberían sustituir, por utilidad, a las fútiles teorías de los principios y deducciones de la lógica.”⁶³

Es más, propone en 1775 un método que harán suyo también psicólogos como Tetens y hasta el propio Kant: clasificar los conceptos teniendo en cuenta el *órgano* que los produce. Evidentemente, Kant, con Tetens, va a defender una concepción modular de la mente alejada de la psicología asociacionista y, por ello, alejada del “*nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*” de los empiristas. Tetens es claro al respecto:

“No cabe duda de que son las sensaciones las que empiezan dando pie para el descubrimiento de estas leyes, pero a ellas viene a añadirse un razonamiento, una actividad interior y autónoma del entendimiento, que es precisamente la que determina aquella combinación de las ideas... Estos pensamientos generales son verdaderos pensamientos, anteriores a toda experiencia. No los extraemos por vía de abstracción, ni depende tampoco, por tanto, del ejercicio reiterado el que estas combinaciones de ideas se fijen y consoliden.”⁶⁴

Como puede apreciarse, las similitudes de las tesis de Tetens con las de la *Crítica* son muchas. Tantas que el propio Kant intentó desmarcarse siempre de las investigaciones de Tetens —*el Locke germano*, como lo llamó Herder—. Las reflexiones 4.900 y 4.901, son una buena muestra. En la segunda señala que “*Tetens investigó los conceptos de la razón humana solo subjetivamente (naturaleza humana), en cambio yo los investigué de un modo objetivo. Aquél análisis es empírico; éste es transcendental*”⁶⁵. Los análisis psicológicos y ontogénicos de Tetens fueron, en cualquier caso, tan decisivos para el criticismo kantiano⁶⁶, que está justificado sostener con Walker, Powell o Pacho, que Kant

⁶³ LOSSIUS, J.C., *Physische Ursachen des Wahren*, Gotha, 1775, p. 8.

⁶⁴ TETENS, J.N., *Philosophische Versuche über die menschliche Natur und ihre Entwicklung*, Riga, 1776, vol. I, p. 320.

⁶⁵ Ak, XVIII, 23.

⁶⁶ La cuestión de la posibilidad de la metafísica, el carácter activo del entendimiento, el papel de la imaginación, la distinción entre entendimiento y razón, la diferencia entre

ha ofrecido al mercado filosófico productos, adquiridos al módico precio de las ciencias empíricas, bajo la cara denominación de origen “*producto de la razón pura*”⁶⁷.

III

Hablábamos del alejamiento kantiano de la psicología asociacionista de Locke, Hume o Tetens; sin embargo, este alejamiento del empirismo no debería malentenderse⁶⁸, pues en la *Crítica*, si bien acusa a aquéllos de sensificar los conceptos intelectivos y, por tanto, confundir dos fuentes distintas de representaciones (A 271 / B 327), entiende que para que un conocimiento pueda ser objetivo, es necesario que el objeto se pueda *dar* de alguna manera de un modo sensible⁶⁹. Todo nuestro conocimiento debe remitirse, entonces, a la experiencia (*Erfahrung*). De hecho, el filósofo de Königsberg afirma que todo conocer objetivo ha de comenzar por la experiencia⁷⁰.

Tiene aquí *experiencia* el sentido más restringido y elemental de las sensaciones y lo que en ellas se nos da⁷¹, que es preciso distinguir de la experiencia objetiva general, resultado de la actividad judicativa y sintética del sujeto. Lo más característico del dato sensible radica, por tanto, en que es *algo dado*, re-

materia y forma del conocimiento serían algunas de esas contribuciones. No habría que perder de vista tampoco las influencias de la *Dissertatio* kantiana en la obra de Tetens. Sobre las relaciones Tetens-Kant, véase BECK, L. W., *Early German Philosophy. Kant and His Predecessors*, especialmente pp. 412-425; BAUMGARTEN, HANS-ULRICH., *Kant und Tetens. Untersuchungen zum Problem von Vorstellung und Gegenstand*, Stuttgart, Metzler Verlag, 1992; PUECH, M., “Tetens et la crise de la métaphysique allemande en 1775”, in: *Revue Philosophique de la France et de l’Etranger*, 117 (1992), pp. 3-29; y HAUS HAUSER, Ch., *Selbstbewusstsein und personale Identität: Positionen und Apriorien ihrer vorkantischen Geschichte: Locke, Leibniz, Hume und Tetens*, Stuttgart-Bad Cannstatt, Frommann-Holzboog, 1994.

⁶⁷ WALKER, R. C., *Kant*, Londres, Rotledge and K. Paul, 1978, pp. 83-84; POWELL, C. TH., *Kant’s Theory of Self-Consciousness*, Oxford, Clarendon Press, 1990, p. 59; PACHO, J., “Naturaleza y arteficio transcendental”, en: BLASCO, J.L. y TORREVEJANO, M. (ed.), *Transcendentalidad y racionalidad*, p. 190.

⁶⁸ Tendríamos que tener en cuenta, además, otro dato: como señaló hace algún tiempo Robert P. Wolff, la deuda del transcendentalismo de Kant respecto de la psicología asociacionista de Hume no puede ser soslayado. Como Wolff dice (“Hume’s Theory of Mental Activity”, en: *The Philosophical Review* (1960), p. 289), Hume comenzó el *Treatise* con el supuesto de que el conocimiento empírico podría explicarse haciendo referencia tan sólo a los contenidos de la mente, y llegó después al profundo descubrimiento de que era la actividad de la mente, en lugar de la naturaleza de los contenidos, lo que explicaba todos los desconcertantes rasgos del conocimiento empírico, un descubrimiento que explotó brillantemente Kant.

⁶⁹ KANT, I., *Crítica de la razón pura*, A 155 / B 194.

⁷⁰ KANT, I., *Crítica de la razón pura*, B 1.

⁷¹ Sobre el concepto de experiencia en Kant, vid. COLLINS, A., *Possible Experience. Understanding Kant’s Critique of Pure Reason*, University of California Press, 1999.

cibido “pasivamente” por nuestra sensibilidad. Desde el punto de vista psicológico, la sensibilidad (*Sinnlichkeit*) es la capacidad subjetiva de ser *afectado* por estas impresiones sensibles. Además, en tanto que esa facultad –repite una y otra vez nuestro autor⁷²– es receptiva, el material sobre el que opera el módulo sensible son las *entradas* o *inputs* sensoriales: las *Empfindungen*⁷³. Ahora bien, lo conocido sensiblemente no es la impresión en tanto que la sensibilidad es pasivamente afectada por ella, sino esta misma impresión en cuanto es investida por el modo propio de la facultad sensible. Por eso, las *Empfindungen* (sensaciones) no son propiamente *percepción* (*Wahrnehmung*) o *intuición empírica* (*empirische Anschauung*), ya que ésta requiere una cierta actividad unificadora de la diversidad de lo sentido desarrollada en la misma sensibilidad, que Kant no llama sintética, pero sí *sinóptica*⁷⁴.

Hemos de tener en cuenta, además, que, como indican Hermann Cohen⁷⁵, Fink⁷⁶ y otros, el objeto indeterminado de la intuición no es todavía, en sentido estricto, objeto (*Gegenstand*); lo dado en la sensibilidad, para llegar a ser objeto, tendrá que ser pensado.

Esta concepción de la sensibilidad y de la sensación –y por ende del fenómeno percibido– parece postular, como ha señalado Kemp Smith⁷⁷, que existen objetos independientemente de nuestro conocimiento⁷⁸, pero hemos de tener en cuenta que, en la medida en que los *inputs sensoriales* ponen en marcha el dinamismo cognoscitivo, sea cual sea su procedencia, dada su diversidad (que no carácter caótico) requieren una primera coordinación (sinopsis). Ya lo decía

⁷² *Dissertatio*, § 4, 10; *Crítica de la razón pura*, A 27 / B 43; A 51 / B 75; A 97; B 150; B 430. Los problemas, en principio, aparecen en los *Prolegómenos* cuando, a la hora de presentar su deducción trascendental de las categorías, introduce (Ak. IV, 298) los “juicios de percepción” (*Wahrnehmungsurteile*), juicios pre-categoriales, que implican, por tanto, una cierta actividad sintética, pero decimos que sólo aparecen en principio esos problemas porque, en realidad Kant habló siempre de una actividad sinóptica de la sensibilidad. Sobre estos juicios, véase: PRAUSS, G., *Erscheinung bei Kant. Ein Problem der Kritik der reinen Vernunft*, Berlín, Walter de Gruyter, 1971, pp. 199 y ss.; KOTZIN, Rh., LANSING, E. y BAUMGÄRTNER, J., “Sensations and Judgments of Perceptions. Diagnosis and Rehabilitation of some Kant’s Misleading Examples”, en: *Kant-Studien*, 81 (1990), pp. 401-412; JÁUREGUI, C., “Juicios de percepción y juicios de experiencia”, en: *Diálogos* (Puerto Rico), 60 (19929), pp. 99-115; LONGUENESSE, B., “Kant et les jugements empiriques. Jugement de perception et jugements d’expérience”, en: *Kant-Studien*, 86 (1995), pp. 278-307.

⁷³ KANT, I., *Crítica de la razón pura*, A 19-20 / B 34.

⁷⁴ KANT, I., *Crítica de la razón pura*, A 97.

⁷⁵ COHEN, H., *Kants Theorie der Erfahrung*, Berlín, Dümmlers, 1885², p. 186.

⁷⁶ FINK, E., *Todo o nada*, Buenos Aires, Sudamericana, 1964, p. 179.

⁷⁷ KEMP SMITH, N.A., *Commentary to Kant’s ‘Critique of Pure Reason’*, Nueva York, Humanities Press, 1968, pp. 81-82.

⁷⁸ Para un crítica de esta interpretación, véase ALLISON, H.E., *El idealismo trascendental de Kant: una interpretación y defensa*, esp. pp. 30 y ss.

en la *Dissertatio: id quod recipitur* sólo es tal en la medida en que esa variedad de datos reciba una cierta forma *sub modo recipientis*⁷⁹.

De cualquier modo, la clave que justificaría comprender la teoría del conocimiento kantiana desde una perspectiva modularista hay que verla en la defensa que hace Kant de un módulo perceptual o subsistema cognitivo con mecanismos y operaciones psicológico-transcendentales *encapsulados*, esto es, *independientes* de los mecanismos que posibilitan las operaciones simbólicas propias del entendimiento:

“Hay tres fuentes (capacidades o facultades anímicas) originarias que contienen las condiciones de posibilidad de toda experiencia, sin que puedan, a su vez, ser derivadas/reducidas (*abgeleitet*) a otra facultad del psiquismo, a saber, el *sentido*, la *imaginación* y la *apercepción*⁸⁰.”

El *idealismo transcendental* kantiano debería ser, por tanto, matizado en los dos términos de la fórmula: existe una *arquitectura natural* de la razón que hace que las relaciones entre las cadenas de información que se establecen entre los módulos cognitivos *tengan carácter ascendente*, es decir, la información sensorial alimenta a los otros módulos (imaginación, entendimiento), pero el módulo (facultad) sensible está ligado a estructuras cuasi-invariantes⁸¹. Podríamos decir que, para Kant, aunque sensación e intelección son, conjuntamente, necesarias para que sea posible el conocimiento objetivo, *percibir* e *interpretar* son pares conceptuales irreductibles⁸²:

⁷⁹ Al final del § 4 de la *Dissertatio* decía “*secundum stabilis et innatas leges*”.

⁸⁰ *Crítica de la razón pura*, A 94.

⁸¹ Precisamente, la necesidad y universalidad de las Matemáticas y su aplicabilidad, a pesar de su carácter formal, al mundo hay que buscarlos en esa autonomía e invarianza del módulo cognitivo sensible, que permite, a partir de las intuiciones puras del espacio y del tiempo construir sus objetos. Cfr. *Crítica de la razón pura*, A 713ss / 741ss.

⁸² Frente a esta irreductibilidad, ha argumentado Rudolf A. Makkreel en *Imagination and Interpretation in Kant* (Chicago, The University of Chicago Press, 1990, esp. Parte I, pp. 9-44). Para él, la actividad sintética de la imaginación, defendida en la *Crítica de la razón pura*, y, sobre todo, en la *Crítica del Juicio* nos permite pensar en que la experiencia es siempre interpretativa. Wayne Waxman ha defendido, también, el papel de la imaginación en la misma actividad sensitiva de la mente (Vid. su *Kant's Model of the Mind*, Oxford University Press, 1991, esp. cap. 1, pp. 33 ss). Por nuestra parte, creemos que se equivocan. Cuando Kant habla de que todo concepto adquiere referencia (*Bedeutung*) y sentido (*Sinn*) cuando se *da* la intuición correspondiente, este *darse* nunca es inferencial, nunca incorpora un *saber de fondo*, sino que es siempre *inmediato* (*unmittelbar in der Anschauung darstellen*). Vid. A 155-58 / B -194-197. Además, cuando Kant intenta distanciarse nítidamente del idealismo subjetivo de Berkeley o del cartesiano, siempre apela a la diferencia entre el sentido (*Sinn*) y la imaginación (*Einbildungskraft*): B LX; B 275. El primero es receptivo, nos proporciona conciencia inmediata de las cosas exteriores; la segunda, aun cuando, es espontánea, productora, presupone siempre lo dado (B 277).

“Si llamamos *sensibilidad* a la *receptividad* que nuestro psiquismo posee, siempre que sea afectado de alguna manera, en orden a recibir representaciones, llamaremos *entendimiento* a la capacidad de producirlas por sí mismo, es decir, a la *espontaneidad* del conocimiento. Nuestra naturaleza conlleva el que la *intuición* sólo pueda ser *sensible*, es decir, que no contenga sino el modo según el cual somos afectados por objetos. La capacidad de *pensar* el objeto de la intuición es, en cambio, el *entendimiento*. Ninguna de estas propiedades es preferible a la otra: sin sensibilidad ningún objeto nos sería dado y, sin entendimiento, ninguno sería pensado. Los pensamientos sin contenido son vacíos; las intuiciones sin conceptos son ciegas. Por ello es tan necesario hacer sensibles los conceptos (es decir, añadirles el objeto en la intuición) como hacer inteligibles las intuiciones (es decir, someterlas a conceptos). *Las dos facultades o capacidades no pueden intercambiar sus funciones. Ni el entendimiento puede intuir nada, ni los sentidos pueden pensar nada.* El conocimiento únicamente puede surgir de la unión de ambos.”⁸³

Subrayemos la última frase porque es la mejor expresión del modularismo de la teoría de la razón kantiana: debido a la arquitectura natural (psicológico-transcendental) de la mente humana, los módulos sensible e intelectual no pueden intercambiar sus funciones; *ni el entendimiento puede intuir nada, ni la sensibilidad pensar algo.*

Lo más característico del dato sensible es, por tanto, que resulta ajeno en un primer momento a todo proceso inferencial y discursivo, pero, no puede devenir en objeto conocido, sin la espontaneidad del concepto. Se trata de una ambigüedad que afecta al tratamiento crítico del conocimiento que realiza Kant desde el primer momento de la dinámica cognoscitiva: el aporte de datos sensibles. Por eso, con Félix Duque, podemos subrayar que el núcleo gordiano del criticismo kantiano no es otro que *la (im)posible conciliación en un solo y mismo sujeto y en una sola y misma experiencia, de espontaneidad y receptividad*⁸⁴.

Las consecuencias ontoepistémicas de la interpretación modularista del criticismo son de gran calado. En primer lugar, darían crédito, como decíamos, a la lectura empirista que han hecho Popper y otros de la teoría del conocimiento kantiana⁸⁵. En efecto, según el filósofo vienés, Kant, a pesar de todo

⁸³ KANT, I., *Crítica de la razón pura*, A 51 / B 75-76. (El subrayado es nuestro). P. Kitcher ha señalado [“Kant on Self-Consciousness”, en: *Philosophical Review*, 108 (1999), pp. 345-386] que desde un punto de vista funcional, intuiciones y conceptos pueden ser analizados en la *Crítica* (recordemos que no es en la *Dissertatio*) más como disposiciones o habilidades de un sujeto activo que como objetos propios de facultades distintas; de ahí la nueva forma kantiana de concebir el conocimiento como tarea y proceso.

⁸⁴ DUQUE, F., “Estudio introductorio a *Transición de los principios metafísicos de la ciencia natural a la Física (Opus postumum)*, Madrid, Editora Nacional, 1983, p. 44. Cfr., igualmente, las consideraciones al respecto de PRAUSS, G., *Erscheinung bei Kant*, Brerlín, Walter de Gruyter, 1971; STRAWSON, P., *Los límites del sentido*, pp. 17 y ss.

⁸⁵ Una evaluación crítica de la interpretación popperiana puede leerse en WAGNER, H., “Poppers Deutung von Kants Kritik der reinen Vernunft”, en: *Kant Studien*, 67-3 (1976), pp. 425-442.

su lenguaje transcendentalista, no habría hecho otra cosa que radicalizar la propuesta baconiana, pues compartiría lo que él ha llamado la *teoría del conocimiento o de la mente como cubo*⁸⁶. La diferencia radicaría en que los empiristas estrictos recomiendan interferir lo menos posible en el proceso de acumulación de percepciones, mientras que Kant afirma que la experiencia es el resultado de un doble proceso: de *asimilación* y *transformación*, el resultado de combinar (sintetizar) los materiales de la sensación con determinados elementos formales que aporta el entendimiento (en un uso simplemente lógico) a la hora de conocer. Este doble proceso contendría los límites superior e inferior de una objetividad entendida de un modo transcendental. Por eso, con el fin de explicar la universalidad y necesidad de los principios mismos de la ciencia, Kant plantea una fuente extraempírica del conocimiento: la facultad de conocimiento *a priori*⁸⁷, pero, al mismo tiempo, para evitar todo idealismo subjetivo –y *el sueño de los visionarios*– asegura un primer momento empírico, receptivo, que da carácter objetivo al proceso. Lo dado (*das Gegebene*) es, por tanto, el momento inicial de una tarea (*Aufgegebene*)⁸⁸. Ésta podemos decir que es, sin los excesos idealistas que manifiestan quienes insisten de la Deducción Transcendental como clave de bóveda del criticismo, la solución kantiana a un problema que puede plantearse como la *aporía de Menón*⁸⁹: *¿cómo puede el conocimiento no partir de cero y, sin embargo, comenzar todo él con y por la experiencia?*

Evidentemente, es posible porque nuestras facultades tienen la capacidad de generar reglas *a priori* que organizan, a su modo, el material de la sensación. Reglas *a priori* que no son reductibles unas a otras: ni las de la sensibilidad a las del entendimiento, ni las de éste a las de la razón. Kant es claro al respecto:

“esta facultad [la razón] encierra el origen de ciertos conceptos y principios que no toma ni de los sentidos ni del entendimiento”⁹⁰.

⁸⁶ POPPER, K.R., “El cubo y el reflector: dos teorías acerca del conocimiento”, conferencia pronunciada en 1948 y recogida como apéndice en *Conocimiento Objetivo*, Madrid, Tecnos, 1974, pp. 307-308.

⁸⁷ KANT, I., *Crítica de la razón pura*, B 4; A 50 / B 74. Sobre el concepto de *a priori* kantiano, véase GREENBERG, R., *Kant's Theory of a priori Knowledge*, Penn State University Press, 2001

⁸⁸ Ibarra y Uribarri defenderían que es el tránsito desde una concepción representacionista de carácter similarista (especular) a una concepción analógica y pragmática lo que explicaría las diferentes concepciones de lo dado en los empiristas y Kant. Vid. “El reto del representacionismo empirista en Kant”, en: IBARRA, A. y MORMANN, TH. (eds.), *Varietades de la representación en la ciencia y la filosofía*, Barcelona, Ariel, 2001, pp. 55 y ss. Sobre el representacionismo de Kant, en relación con las críticas moderna de Rorty y Davidson, véase: BOROS, J., «Representationalismus und Antirepresentationalismus. Kant, Davidson und Rorty», en: *Deutsche Zeitschrift für Philosophie*, Berlin, 47 (1999/4), pp. 539-551; PUTNAM, H., *El pragmatismo. Un debate abierto*, Barcelona, Gedisa, 1999, pp. 48 y ss.

⁸⁹ Vid. PACHO, J., “Naturaleza y artificio transcendental”, en: BLASCO, J.L. y TORREVEJANO, M. (ed.), *Transcendentalidad y racionalidad*, pp. 172 y ss.

⁹⁰ KrV, A 299 / B 355.

La razón, según Kant, *no produce*, por tanto, conceptos de los objetos, sino que los *ordena*⁹¹ y les da la unidad que no procura el entendimiento:

“Si el entendimiento es la facultad de la unidad de los fenómenos mediante las reglas, la razón es la facultad de la unidad de las reglas del entendimiento bajo principios. La razón nunca se refiere, pues, directamente a la experiencia o a algún objeto, sino al entendimiento, a fin de dar unidad *a priori*, mediante conceptos, a los diversos conocimientos de éste.”⁹²

Podríamos decir que si el entendimiento, en su uso objetivo, apunta a una conexión de los fenómenos que caen bajo ciertas categorías haciendo posible, mediante sus principios puros, una visión científica unificada de cierto campo categorial, la razón *amplía* esa visión unificada a la totalidad de los fenómenos que caen bajo diversos campos categoriales, haciendo posible una visión metafísica del Mundo. De este modo, lo trascendente irrumpe en el ámbito de lo inmanente (de los fenoménico) porque estamos ante una mente caracterizada por los continuos conflictos intermodulares (en este caso, de entendimiento y razón) y, por tanto, muchas veces incapaz de gobernarse a sí misma. El resultado: las ilusiones transcendentales. El desarrollo histórico de la propia metafísica es la mejor constatación de esos conflictos. Por eso, Kant llega a decir que “*son sofismas de la razón misma, no de los hombres. Ni el más sabio puede librarse de ellos*”⁹³.

Independientemente de la corrección de la interpretación modular de la razón kantiana que proponemos, el calado epistemológico de la hipótesis modularista la destacaba Fodor comparándola con la tesis básica a la que él se oponía en *The Modularity of Mind*⁹⁴: la tesis de que toda percepción es interpretativo-comprensora⁹⁵:

“La idea de que la cognición satura la percepción pertenece –dice Fodor– al mismo ámbito que (y está, de hecho, históricamente conectada con) la idea, en filosofía de la ciencia, de que nuestras observaciones están completa y globalmente determinadas por nuestras teorías; la idea, en antropología, de que los valores están completa y globalmente determinados por las culturas; la idea, en sociología, de que los compromisos epistemológicos, incluyendo especialmente los de las distintas ciencias, están completa y globalmente determinados por las afiliaciones de clase; y la idea, en lingüística, de que la metafísica está completa y globalmente determinada por la sintaxis. Todas estas ideas conllevan un cierto holismo relativista: porque la percepción está saturada por la cognición, la observación por la teoría, los valores por la cultura, la ciencia por las clases sociales, y la metafísica por el lenguaje, las críticas racionales de las teorías científicas, de los valores éticos, de las visiones

⁹¹ KrV, A 643 / B 671.

⁹² KrV, A 302 / B 359.

⁹³ KrV A 339 / B 397.

⁹⁴ FODOR, J.A., *La modularidad de la mente*, Madrid, Morata, 1986.

⁹⁵ FODOR, J.A., “Precis of *The Modularity of Mind*”, en: *Behavioral and Brain Sciences*, 8 (1990), p.5.

metafísicas del mundo, o de lo que sea, pueden tener lugar sólo dentro del marco de presuposiciones que los interlocutores circunstancialmente comparten –como una cuestión de accidente geográfico, histórico o sociológico–.”

Fodor considera que el caso de las ilusiones perceptivas, tradicionalmente interpretadas como argumentos en contra de la fiabilidad de la fuente empírica de conocimiento, hay que reconocerlas como datos que avalan que los procesos sensoriales no son procesos inferencialmente complejos y abiertos a influencias del contexto e información de fondo⁹⁶. Para él, la persistencia de las ilusiones perceptivas mostraría que no podemos considerar la percepción como la conclusión de un proceso inferencial en el que la información disponible por el sujeto actúe de premisa. Hay una rigidez que puede muy bien servir de argumento a favor de la hipótesis psicológica de la encapsulación de los mecanismos neurales sensoriales y de la tesis epistemológica de la neutralidad teórica de la observación.

Los problemas que plantea la teoría de Fodor son muchos. De hecho, frente a la hipótesis de la modularidad, el modelo holista de P.M.Churchland⁹⁷ defiende la continuidad entre procesos perceptuales y procesos cognitivos de rango superior como los que intervienen en la solución de problemas, la toma de decisiones, la realización de inferencias y, en general, lo que normalmente denominamos pensamiento. De cualquier modo, Fodor no aventuraba simples conjeturas. Se hacía eco de las investigaciones procedentes de las distintas ciencias cognitivas que avalaban la idea de que la naturaleza ha obrado en nuestro cerebro como sobre el suelo, esto es, por estratos. Los datos de la Neuropsicología, la Psicopatología y la Neurobiología, corroboran, en efecto, la idea de que a lo largo del proceso bioevolutivo han ido emergiendo y conformándose estructuras cognitivas especializadas en el manejo y resolución de problemas relacionados con dominios muy distintos: el mundo físico y el mundo social. Ambos plantean unas exigencias y presentan unas cualidades tan diferentes que exigen respuestas distintas, como vislumbró Kant, de los mismos organismos⁹⁸. Existe, por tanto, una arquitectura cognitiva de carácter modu-

⁹⁶ FODOR, J.A., *La modularidad de la mente*, pp. 98 y también 124 y ss; “Why Should the Mind Be Modular?”, en: *A Theory of Content and Other Essays*, Cambridge, MIT Press, 1990, pp. 195 y ss.

⁹⁷ Vid. *Scientific Realism and the Plasticity of Mind*, Nueva York, Cambridge University Press, 1979, especialmente, cap. 2; “Perceptual Plasticity and Theoretical Neutrality: A Reply to Fodor”, en: *Philosophy of Science*, 55 (1988), pp. 167-187. Una contrarréplica de Fodor puede leerse en: FODOR, J.A., “A Reply to Churchland’s ‘Perceptual Plasticity and Theoretical Neutrality’”, en: *A Theory of Content and Other Essays*, Cambridge, Mass., The MIT Press, 1990, pp. 253-263.

⁹⁸ Vid. GARCÍA GARCÍA, E., *Mente y cerebro*, Madrid, Síntesis, 2001, pp. 147 y ss. Las concepciones modularistas de la mente presentarían, frente a la metáfora holista del cerebro como una herramienta de utilidad general que es capaz de operar de igual modo sobre cualquier realidad, la imagen de una navaja suiza, compuesta de multitud de componentes y herramientas específicas para cada tarea.

lar, que nos impone diferentes relaciones con el medio y que limita considerablemente nuestras formas de percibir el mundo.

Y es que la investigación neuropsicológica parece apoyar que la estructura neurocognitiva está integrada, como ya intuyera Kant, por subsistemas independientes, actuando en paralelo y que operan, en determinadas circunstancias, de una manera autónoma. En este sentido, las experiencias sobre “cerebros divididos”⁹⁹ son ejemplificadoras. Veamos.

El hemisferio cerebral izquierdo controla por lo general la mitad derecha del cuerpo y también procesa el lenguaje en el 99% de los casos. El hemisferio derecho controla la parte opuesta y es responsable del reconocimiento de caras, de tareas de visualización en el espacio, etc. En los años 40 cuando los epilépticos eran lobotomizados mostraban comportamientos cotidianos adecuados, pero en situaciones controladas experimentalmente mostraban conductas relevantes para la investigación de la existencia de módulos perceptivos encapsulados, es decir, no penetrados cognitivamente. Los experimentos de Gazzaniga¹⁰⁰, por ejemplo, mostraron que la estructura y funcionamiento de los subsistemas sensoriales actúan y operan independientemente de la conciencia lingüística y verbalización consciente, pues originan comportamientos y estados de ánimo de los que el sistema consciente no tiene noticia, si bien en un momento posterior el módulo interprete les da sentido. Cuando a un sujeto de experiencias con el cerebro dividido se le presentaron simultáneamente, como muestra la figura que aparece más abajo, dos patrones estimulativos: uno, constituido por una *pata de pollo*, recibido sensorialmente por el hemisferio izquierdo, y otro



⁹⁹ Cerebros de organismos en los que se ha seccionado, por técnicas quirúrgicas o por accidentes, el cuerpo calloso que une los dos hemisferios cerebrales.

¹⁰⁰ GAZZANIGA, M., *El cerebro social*, Madrid, Alianza, 1993; *The Cognitive Neurosciences*, Cambridge, Mass., The MIT Press, 1996. Una discusión de las tesis de Gazzaniga puede verse en ZAIDEL, E., “Language functions in the two hemispheres following complete cerebral commissurotomy and hemispherectomy”, en: BOLLER, F. Y GRAFMAN, J. (eds.), *Handbook of Neuropsychologie*, vol. 4, Amsterdam, Elsevier, 1990, pp. 115-150.

por las figuras de un paisaje nevado, que captó su hemisferio derecho, y se le pidió a continuación que seleccionara dos cartulinas dibujadas que pudieran asociar a lo visto, el sujeto seleccionó dos que se correspondían correctamente con sus experiencias previas, pero que eran, en principio, contrarias.

Cuando se le preguntó el porqué de su selección, señaló la *pala* con la izquierda y el *pollo* con la derecha, sin que apareciera ninguna respuesta que indicara que había visto el paisaje nevado. A pesar de ello, ofreció una respuesta coherente: “*La pala va con el pollo y la pala es necesaria para limpiar el gallinero*”. El cerebro izquierdo explicaba por qué la mano izquierda había señalado la pala que no había podido ver. Esto indica que el cuerpo hizo algo distinto de lo que el cerebro izquierdo interpretó y dotó de sentido.

Esta encapsulación de los módulos neurales talamocorticales encargados de la sensación nos indica, como ya viera Kant, que la *percepción* y la *interpretación* son pares conceptuales irreductibles. Podríamos decir que esos módulos neurosensoriales talamocorticales permiten a humanos y resto de animales identificar patrones estimulativos con cierta rigidez a pesar de responder a estimulaciones recibidas desde diversos ángulos, a diferentes distancias, etc., con lo que nos permiten también asignar el mismo patrón a situaciones estimulativas diferentes. A estos patrones estimulativos –que no son propiamente conceptos–, es a lo que podemos llamar un *percepto* o *preconcepto perceptual*, un elemento cognoscitivo prelingüístico equivalente a lo que en los *Prolegomena* Kant llamó *juicios de percepción*. Son perceptos que, ciertamente, tenemos que atribuir –y de hecho Kant se los atribuye¹⁰¹– a los niños en su etapa prelingüística, ya que permiten identificar, distinguir y hacer cosas diferentes con el chupete, el sonajero y el pezón de la madre. Que duda cabe de que también han de ser atribuidos a los animales no humanos. Sin embargo, indican que la naturaleza y funciones de los módulos sensoriales y intelectivos son realmente diferentes.

Así pues, frente a hipótesis hermenéuticas como la de Heidegger, que siempre han afirmado que “*no hablamos sobre aquello que vemos sino al contrario: vemos lo que se habla sobre las cosas*”¹⁰², Kant habría defendido

1. Que existe una facultad corporal-sensible que impone a los seres humanos una determinada relación con el mundo;
2. Que esa facultad es estructuralmente distinta al módulo intelectual, discursivo;
3. Que funcionalmente nos permite recibir impresiones (como el color, olor...) y producir representaciones –como el espacio y el tiempo– que, a pesar de ser sensibles, etc., son, puras y *a priori*, y propocionan la *información básica* sobre la que opera el módulo intelectual (entendimiento, Juicio y razón) para hacer posible el *conocimiento objetivo*¹⁰³.

¹⁰¹ *Antropologie in pragmatischer Hinsicht*, § 1.

¹⁰² *Lecciones de Marburgo del semestre de verano de 1925*, G.A., 20, p. 75.

¹⁰³ El conocimiento sería así el producto de una actividad sintética que se inicia en los módulos sensibles y se concluye en los intelectivos; esto es, sería información organizada

Claro que llegados a este punto, aun admitiendo la corrección de la interpretación modularista, todavía sigue abierta la cuestión crítica fundamental, tal y como aparece en la carta a Herz de 21 de febrero del 72: *¿Cómo puede nuestro conocimiento formarse totalmente a priori representaciones de las cosas con los que estás coincidan necesariamente?*

Este problema, aseguraba Kant, “*deja siempre un rastro de oscuridad con respecto a nuestra capacidad para entender de dónde puede sacar el intelecto esta coincidencia con las cosas*”. No obstante, la *epigénesis de la razón* de la que habla Kant en § 27 de la *Crítica de la razón pura* (B 165-168) nos permite vislumbrar cuál podría ser su respuesta definitiva: la razón puede dar cuenta de la Naturaleza porque no deja de ser un producto suyo. Evidentemente, la concepción kantiana del *a priori* no nos permite hablar como hace hoy la epistemología evolucionista de un *a priori* ontogenético pero adquirido en el desarrollo bioevolutivo de la especie. Aunque Kant en la *Crítica del Juicio* coquetea con la idea de evolución no nos autoriza a apelar a mecanismos adaptativos (filogenéticos) para explicar finalmente, la concordancia entre las condiciones *a prióricas* (subjetivo-transcendentales) del conocimiento y las condiciones objetivas que se dan en la experiencia¹⁰⁴. Sólo tras la aparición a mediados del siglo XIX de las investigaciones de Darwin se contó con la urdimbre conceptual adecuada para explicar la adecuación en términos de *adaptatio*; pero, sin duda alguna, las tesis modularistas que hemos comentado y la apelación explícita a una arquitectónica natural de la razón, nos permiten tomar en serio, como ha sugerido el profesor Muñoz¹⁰⁵, la idea de que Kant *pensó* la Naturaleza como la instancia que hace posible no solamente *todo* *artificio*, sino también *la normatividad de razón misma*¹⁰⁶.

con-forme a las estructuras *a prióricas* aportadas por las diferentes facultades cognitivas. Pero subrayemos que la información fluye desde el módulo sensible al intelectual y no al revés. Más aún, si no fuera así, Kant habría sido un innatista, cosa que no fue, pues siempre defendió la doctrina de que lo *a priori*, sin ser empírico, era adquirido, o sea, que la mente “*producía*” [*hergeben*, es el verbo empleado por Kant], motivado por el testimonio sensible, sus conocimientos *a priori*. Cfr. *Crítica de la razón pura*, B 1; A 3 / B 7; A 86 / B 118; A 452n/B 480n.

¹⁰⁴ La idea de un *a priori* como *a posteriori* filogenético fue sugerida por Popper en *Los dos problemas fundamentales de la epistemología* (1931-34) y defendida por K. Lorenz en 1941. Para Lorenz, cuando se conocen los modos de reacción innatos de los organismos no humanos, salta a la vista -para él, con evidencia extraordinaria- la hipótesis de que lo “*apriorístico*” no es sino un conjunto de especializaciones hereditarias del sistema nervioso central que han sido adquiridas filogenéticamente en la evolución de las especies y que determinan disposiciones congénitas. Véase: LORENZ, K. “La doctrina kantiana de lo apriorístico bajo el punto de vista de la biología actual”, en LORENZ, K. y WUKETIS, F. M. (eds.), *La evolución del pensamiento*, Barcelona, Argos Vergara, 1984.

¹⁰⁵ MUÑOZ, J., Presentación de GARCÍA, E. y MUÑOZ, J. (comps.), *La teoría evolucionista del conocimiento*, p.15.

¹⁰⁶ *Crítica de la razón pura*, A 626/ B 654. En el prólogo de la segunda edición deja también clara esta posibilidad cuando, refiriéndose al impulso metafísico por traspasar los

Si tenemos en cuenta que Kant en la misma *Crítica de la razón pura* (A 294 / B 350) habla de las facultades de la mente, en concreto de sensibilidad y entendimiento, como *Kräfte der Natur*, potencias de la Naturaleza, podemos comprender ahora por qué nuestro autor entiende la Razón como *Naturanstalt*, como *institución de la Naturaleza*¹⁰⁷. Podemos concluir que Kant considera que nuestras facultades mentales son, por un lado, *psychische Vermögen* [facultades psíquicas], pero, por otro, *natürliche Kräfte* [fuerzas de la naturaleza].

Como decíamos, Kant todavía está lejos de una teoría bioevolutiva en sentido darwinista. No deja de pensar, por eso, que la unidad sistemática y productora de la Naturaleza tiene que ser pensada a partir de la idea de *Plan*. El último fundamento de la idoneidad Razón-Naturaleza habría que *suponerlo*¹⁰⁸ así, para él, en un *entendimiento no humano* que actuase de garantía de la *idoneidad y adecuación* del orden de nuestras facultades de conocimiento con el de las leyes empíricas de la Naturaleza¹⁰⁹. La Introducción inédita a la *Crítica del Juicio* es clara en este sentido al plantear el concepto de *Technik der Natur*¹¹⁰. Sin embargo, independientemente de que Kant, desde una perspectiva predarwiniana, asociara la idea de la Naturaleza a la de un gran *Technites*, lo cierto es que ya piensa en una isomorfia (*affinität*, diría Kant) de los productos de la Naturaleza, las artes mecánicas y los de la propia razón humana¹¹¹. Por eso, en el fondo, la solución definitiva del problema crítico remite a la *antropogénesis* o, mejor aún, como diríamos hoy, a la *bioantropogénesis*.

El giro copernicano de Kant, no debería leerse, por ello, finalmente, en clave idealista, sino antropomórfica, pues nuestro autor le habría dado la vuelta al *dictum* cartesiano: *Sum, ergo cogito*. Es nuestra peculiar manera de ser (o estar configurada nuestra mente) la que determina nuestra respuesta cognitiva al medio.

Departamento de Filosofía
Universidad de Murcia

límites de la experiencia y plantearse cuestiones sobre lo suprasensible, se pregunta, “¿Por qué, pues, la Naturaleza ha castigado nuestra razón con el afán incansable de perseguir este camino como una de sus cuestiones más importantes?” (B XV).

¹⁰⁷ *Prolegómenos*, § 60, Ak. IV, 364.

¹⁰⁸ Estamos ante una propuesta filosófica, no científica, aunque Kant siempre le reconoce a las ideas filosóficas una rentabilidad teórica para la misma ciencia empírica. De hecho a las ideas filosóficas las llama “conceptos heurísticos” (KrV, A 671 / B 699).

¹⁰⁹ *Crítica del Juicio*, *Einleitung*, Ak, IV, 180.

¹¹⁰ *Erste Einleitung*, Ak, XX, 215-216.

¹¹¹ Más aún, anticipa gran parte de ciertos desarrollos teóricos de la llamada biología cognitiva, en la medida en que no sólo concebiría los sistemas cognitivos como sistemas naturales, sino también, y a la inversa, cualquier organismo como un sistema cognitivo. Hablaríamos, así, de auténticas *estrategias de la vida*.